



Lecturas de la Antología “Leamos mejor día a día” Cuarto grado

Maravillas

318 palabras, tiempo de lectura: 3 minutos

En este cuento, la lectura es un boleto para llegar a otros mundos. ¿Dónde quieren ir? La lectura puede llegar a cualquier lado; todo depende de que escojamos el libro indicado.

Había una vez un reino que brillaba cada vez que los adultos les contaban a sus hijos las historias que habían aprendido cuando ellos eran niños, y cada vez que los niños recordaban o repetían esas historias. Éste era, y es, un hermoso lugar. Cuando la gente deja de leer, sin embargo, se vuelve el país más gris y triste del mundo.

Una vez esta región, que se llama Maravillas, estaba viviendo una época de melancolía porque había aparecido por ahí una maquina que se llama televisión, la cual no permitía que los niños cruzaran la frontera para entrar a Maravillas. Eso hacía el país más pequeño y a los niños empezaba a teñirlos de un extraño color gris. Así pasó por algún tiempo, pero parece que ahora las cosas empiezan a cambiar porque cada vez hay más niños que cada vez que pueden, y eso es todos los días, cruzan la frontera a Maravillas. Como ustedes lo saben, el pase para entrar al reino de Maravillas se llama lectura.

Siempre he pensado que los unicornios sí existen. Que esos seres de prodigioso cuerno todavía buscan lugares aislados para abreviar, alimentarse y descansar. Los veo aproximándose, paso a paso a los lagos escondidos en medio de los bosques, levantando cautelosos la punta de su cuerno.

Es probable que yo haya leído, cuando niña, alguna historia donde aparecía este animal fantástico. O quizás algún pariente o amigo de la familia nos haya mostrado un libro con ilustraciones en donde yo vi por primera vez a los unicornios. El caso es que me apasioné por esa maravilla y ahora, muchos años después, tengo confianza en



que los unicornios existen en algún lugar de este planeta.

Tú, ¿qué piensas?

Marínés Medero, "Maravillas" en *De maravillas y encantamientos*. México, SEP. 2000.

Los volcanes

419 palabras, tiempo de lectura: 4 minutos

En una mañana soleada de febrero de 1943, un campesino que araba su tierra vio salir del suelo una pequeña columna de humo. Un poco desconcertado y molesto, cubrió el orificio y continuó trabajando.

Pero al ver que no había servido de mucho, pues el humo seguía saliendo cada vez con mayor fuerza, corrió por ayuda. Ante los asombrados habitantes de un poblado vecino, cada vez emergían de la tierra mayor cantidad de humo y de vapores.

Tres horas después el humo se había convertido en una espesa nube negra y la pequeña grieta se había agrandado enormemente. Esa noche violentas explosiones comenzaron a lanzar rocas a través de la grieta y a la mañana siguiente, en ese lugar se había formado un montículo en forma de cono de cerca de cincuenta metros de altura: ¡de la noche a la mañana había nacido un volcán! Lo llamaron Paricutín, por su cercanía al pueblo de ese nombre en el estado de Michoacán.

Un año después el Paricutín había alcanzado 450 metros de altura; había arrasado numerosos campos agrícolas, decenas de construcciones y provocado la movilización de los habitantes de todos los pueblos cercanos. También había atraído a cientos de investigadores y estudiosos de los volcanes, de México y de todo el mundo.

El nacimiento del Paricutín había permitido a estos expertos aprender un poco



más acerca de los secretos del mundo subterráneo; de cómo se forma y hace erupción un volcán.

Belleza y utilidad de los volcanes

Los volcanes son la parte más visible de lo que ocurre en el interior de la Tierra. Sus conos nevados, sus lagos interiores y su imponente personalidad forman parte de la esencia de nuestro planeta.

Han sido objetos de hermosas leyendas y de otras manifestaciones artísticas, y testigos de innumerables hechos históricos: el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl – cuya silueta tiene la forma de una mujer recostada boca arriba– son los protagonistas de una bella historia de amor.

El Paso de Cortés, en las laderas del Popocatepetl, fue el punto por el cual el conquistador de México admiró por vez primera la inigualable belleza de Tenochtitlán y sus lagos.

Las erupciones también enriquecen a largo plazo las tierras de cultivo, pues contienen elementos que las plantas necesitan para crecer. Islas como Hawaii e Islandia deben su existencia a la actividad volcánica.

La actividad volcánica permite cierta estabilidad en el interior de la Tierra; sin embargo, pese a su belleza y majestuosidad, los volcanes constituyen un riesgo para quienes habitan en sus cercanías.

Gloria Valek, *Los volcanes*. México. SEP-ADN, 1999.



Los dragones en la historia

429 palabras, tiempo de lectura: 4 minutos

Ayer leímos sobre el águila arpía, que está en peligro de desaparecer. Hoy vamos a leer sobre otros animales, que nunca, nunca podrán desaparecer.

Cuando piensas en un dragón, ¿qué te imaginas? Tal vez una piel verde, cubierta de escamas, unas patas rematadas en garras y unas alas de murciélago. Quizás también pienses en una pequeña cabeza de aspecto malvado colocada al final de un cuello largo y retorcido.

¡Y no hablemos de su ardiente aliento, que puede convertirte en una rebanada de pan tostado si te acercas! Ésa es una de las clases de dragones que hay pero, créeme, los dragones también pueden ser amables. Por eso tienen tanto poder las varitas mágicas y las pociones hechas con fibras de corazón de dragón.

Los dragones se diferencian mucho entre sí según el lugar del que procedan. Los dragones asiáticos, por ejemplo, no tienen alas ni echan fuego por la boca, y dan la sensación de estar hechos con partes de animales diferentes: tienen cuerpo de serpiente cubierto de escamas de pescado, cabeza de camello, bigotes de bagre, cuernos de ciervo y ¡meleña! Además, son corteses e inteligentes, protegen los ríos y traen buena suerte. Recuerdo haber conocido a Chieng-Tang, el *dragón de los ríos*, en China. Medía nada menos que 270 metros, y era de piel rojiza.

En la antigua China sólo el emperador podía llevar en sus túnicas un dragón con patas terminadas en cinco dedos.

¡Cuántas veces me habrán contado la historia de Sigfrido y el dragón Fafnir mis amigos vikingos! Sigfrido era un guerrero apuesto y valiente, pero... no muy espabilado. Un enano malvado lo convenció de que atacara a Fafnir, un dragón que tenía una piel tan dura que ninguna espada podía atravesarla. Casualmente, el padre del enano poseía enormes montones de oro y joyas custodiadas por Fafnir. Pero el perverso enano guardaba otro gran



secreto: en realidad él y Fafnir eran hermanos. Fafnir había matado a su padre y a continuación se había convertido en dragón para custodiar el tesoro. El enano reconstruyó la espada de Sigfrido, haciéndola mucho más poderosa que nunca (porque los enanos son los mejores herreros del mundo). Un buen día Sigfrido y el enano se ocultaron por las inmediaciones de la cueva del dragón. En cuanto Fafnir salió a tomar el fresco, Sigfrido le clavó la espada en la panza y lo mató.

El héroe sacó el corazón del dragón y lo puso a asar en unas brasas, pero se quemó los dedos.

¿Por qué dije que los dragones no podrán desaparecer nunca?

Janice Eaton Kilby, "Los dragones en la historia" en *El libro de juegos del aprendiz de mago*. México, SEP-Océano, 2003.



Un mundo sin sol

359 palabras, tiempo de lectura: 3.20 minutos

Los océanos esconden paisajes asombrosos. Lejos, bajo las olas, hay enormes cordilleras y volcanes activos. La roca fundida del centro de la Tierra sale por algunas grietas de la corteza terrestre. Esas grietas se llaman fallas.

Hasta hace muy poco, los científicos sólo podían adivinar cómo era el fondo del mar. Creían que era una región fría y oscura que no tenía vida, o que la tenía muy poca. La luz del Sol no llega hasta las profundidades del océano, a muchos kilómetros de la superficie. Que en esas regiones hubiera muy poca luz y un frío extremo hacía creer a la gente que allí no podían existir seres vivos.

Entonces, en 1977 los geólogos a bordo del *Alvin*, un pequeño submarino diseñado para sumersión profunda, hicieron un gran descubrimiento. Descendieron 2,591 metros, para alcanzar la Falla de las Galápagos, una grieta en el suelo del Océano Pacífico oriental. Allí las luces del *Alvin* revelaron un oasis lleno de vida. Había agua caliente que brotaba de las grietas del suelo. Algo en el agua proporcionaba el alimento necesario para mantener vivos a una gran variedad de raros animales.

Había lombrices de un rojo sangre que se retorcían, algunas de cuatro metros de largo. Había cientos de almejas y ostras de conchas lisas largas como reglas. Unos cangrejos, que parecían langostas, barrenaban el suelo marino.

Criaturas como flores de diente de león, ancladas con hilos delicados, se mecían en el agua. Peces largos de color rosa estaban cabeza abajo sobre las fuentes del agua caliente.

En 1979, los científicos encontraron nubes oscuras de agua muy caliente que salían de formaciones rocosas parecidas a chimeneas de fábricas submarinas.

La mayoría de las criaturas de la Tierra dependen para vivir de un proceso llamado fotosíntesis. Mediante este mecanismo, las plantas producen su propia comida con la ayuda de la luz del sol, y los animales se comen las plantas. Pero en las profundidades del océano, donde la oscuridad nunca es rota por los rayos del sol, lo que mantiene vivas las



minúsculas bacterias es la quimiosíntesis, un proceso diferente, que produce alimento con ayuda de la energía química...

Catherine O'Neill, "Un mundo sin sol" en *Grandes misterios de nuestro mundo*. México, SEP, 2002.

El desierto

250 palabras, tiempo de lectura: 2.20 minutos

Uno de los ecosistemas más importantes de México y que cubre la mayor extensión de su territorio son los desiertos. Las zonas áridas, como también se les conoce, no son sólo una gran extensión de arena, como muchos imaginan, sino ambientes con una gran diversidad de formas de vida.

Los animales del desierto han evolucionado para aprovechar la poca humedad que existe, tienen que arreglárselas con la poca agua que pueden encontrar y muchas veces solamente con la de las plantas.

Durante el día los desiertos permanecen casi sin actividad. Los animales generalmente esperan que la temperatura baje para salir de sus refugios.

En las primeras horas de la mañana, los desiertos cobran vida. El canto característico de la codorniz de Gambel parece despertar a toda la fauna. Así, mientras la tortuga del desierto busca alimento en las nopaleras, el borrego cimarrón trepa por los altos peñascos, la víbora de cascabel se mueve lentamente buscando algún conejo del desierto recién salido de su madriguera y uno de los grandes felinos de México, el puma, vigila a una hembra de jabalí de collar con sus jabatos, que es como se llaman sus crías.

En algún lugar cercano una gran aura cabeza roja se posa en el sahuaro para calentar sus alas antes de echarse a volar.

Después de las breves lluvias las plantas florecen con muchos colores y la fauna parece celebrar la temporada de lluvia en el desierto, que muchas veces cae en un solo



chubasco al año.

Eugenia Pallares, "El desierto" en *Jaguares, tucanes y otros animales de la fauna mexicana*. México, SEP-Sierra

Soy purépecha

337 palabras, tiempo de lectura: 3 minutos

Los purépechas son una etnia indígena que vive desde hace muchos siglos en una parte del estado de Michoacán. Vamos a ver cómo vive la mujer que habla en esta lectura.

Desde mi casa se alcanza a ver el lago de Pátzcuaro, con sus islas: Yunuén, Tecuén, La Pacanda, Janitzio... A mí la que más me gusta es Yunuén, por limpia y alargadita.

El cielo de mi tierra es muy azul y a mí me gusta quedarme mirándolo, sobre todo cuando ando tendiendo la ropa en la mañana. Me gusta verlo porque algunas veces se alcanzan a divisar algunas águilas por encima de los pinos. También lo quedo viendo por si me toca ver alguna garza de las que, aunque pocas, todavía quedan alrededor del lago.

Esas garzas son las mismas de la leyenda de Hapunda, la princesa de Yunuén que estaba enamorada del lago. Dicen que un día, unos guerreros de otro pueblo llegaron hasta la isla porque querían llevarse a Hapunda para casarla con su rey, que no tenía mujer. Hapunda se puso muy triste y fue a consultar al lago. El lago le dijo:

–Vístete de blanco y, cuando salga la Luna, rema hasta el centro y ahí salta al agua. Yo te voy a recibir para que ya nadie te lleve jamás.

Y así lo hizo Hapunda. Cayó al lago, llegó hasta el fondo y volvió a salir blanca, emplumadita,



bonita, convertida en garza.

Por eso me gusta mirar el cielo, porque dice la leyenda que cuando se acaben las garzas el lago de Pátzcuaro se va a quedar sin su novia, se va a morir de tristeza, se va a secar. Mi casa se llama *troje* y está hecha con tablones de árboles grandísimos y tiene su techo de tejamanil. Está levantadita del suelo con pilotes de madera y tiene sus escalones para subir a lo seco. Adentro se tiene su tapanco bien alto para guardar el maíz y abajo dormimos todos nosotros (y hasta los perros cuando hace mucho frío).

María de la Luz Mendoza, *Soy purépecha*. México, SEP, 1989



Las tres palomitas

300 palabras, tiempo de lectura: 2.50 minutos

–Abuelo, ¿cantamos?

El abuelo se animó y fue por su bajo quinto, lo afinó y empezó a cantar un corrido. Sabía muchos: de amores, de batallas, de bandidos generosos, y algunos que contaban la vida de gentes muy queridas o muy temidas en el pueblo.

Cantando todos, les llegó la noche, y cuando la luna hizo bailar las sombras de los árboles como si fueran chinelos sin colores, el niño más pequeño recargó la cabeza en las rodillas del abuelo y se quedó dormido. Él dejó a un lado su hermosa guitarra y cargó al niño:

–Vamos a dormir –dijo–. Mañana tenemos mucho quehacer... Al día siguiente, desde antes de que saliera el sol, las señoras ya llenaban sus canastos de tortillas olorosas y guisaban el arroz y el mole en grandes cazuelas de barro. Para esa fiesta ahorraban durante muchos meses, y ese día el pueblo olía a ajonjolí, a canela, a chocolate y a ramas de pino.

En el jardín del pueblo empezaron a juntarse las bandas de música, las cuadrillas de danzantes, las niñas de las pastorelas; y cuando llegaron los coheteros, empezó el convite. Marchaban bailando por las calles, seguidos por los curiosos. Así, la columna fue creciendo, haciéndose más ancha y más larga, como un gran río. Los perros ladraban de puro gusto desde las puertas de las casas.

A las once de la noche se prendió el castillo y todos vieron encandilados cómo los rehiletes lanzaban chorros de luces y se convertían después en peces de colores que más arriba volvían a ser rehiletes. Una cascada de luz cayó desde lo alto y la torre del castillo se desprendió girando a enorme velocidad: subió tan alto, tan alto, que sus luces desparramadas se confundieron con las peregrinas estrellas de diciembre.

Susana Mendoza, "Las tres palomitas" en *La Vendedora de Nubes y otros Cuentos*, Andrea Gómez, ilus. México, SEP-CONAFE, 2000.

LAS QUINCE LETRAS

279 palabras, tiempo de lectura: 2.35 minutos

Es un nombre bastante largo. A veces la tiendita es más pequeña que el nombre, pero el letrero se ve muy bonito y uno puede contar las quince letras.

Pues bien, estas quince letras se sentían muy ufanas de estar en esos letreros y de que todo mundo las viera y las comentara. Se fueron poniendo muy orgullosas y altivas.

Se encerraron en su letrero y se volvieron muy pesadas. Tan pesadas que a veces se caían:

Solo la *i* se mantenía delgada y en su sitio.

Claro, cada vez que se caían, los dueños de la tiendita o comercio las volvían a poner en su lugar y ellas se ponían más orgullosas que nunca. Volvían a sentirse únicas, se llenaban de soberbia... ¡y se volvían a caer! Pero ni así aprendían a ser humildes. Se negaban a mezclarse con otras letras y se fueron quedando solas, encerradas en su letrero. No hacían más que pensar en cómo hacerse aún más famosas.

–Yo quiero el premio Nobel –decía la *ene*.

–Yo quiero ser “MISS” Universo –exclamaba la *i*, que era la más esbelta. La *e* quería ser emperatriz, la *erre*, reina y las *eses* sultanas.

Todas seguían y discutían.

La *a* que, como primera letra del alfabeto, se sentía la más importante, impuso el orden:

–¡Un momento! No perdamos la cabeza. Somos las QUINCE LETRAS. Ya conocidas así y debemos ser famosas *todas juntas*.

Todas estuvieron de acuerdo y, juntas, se fueron por el mundo en busca de la fama. Primero probaron fortuna en la televisión, cantando y meneándose como locas, pero les faltaba la *g* de guitarra.

Al fin lograron triunfar con una sola canción.

Rocío Saenz, “Las quince letras” en *Cuentos descontentos*. México: SEP, 1987.

Celestino ha desaparecido

386 palabras, tiempo de lectura: 3.35 minutos

Toda esa noche llovió, pero como yo estaba tan cansado, no me detuve a pensar que mi Celestino se estaba mojando en la calle, amarrado nomás a la reja de la ventana y, lo que es peor, no me detuve a pensar que se le estaría cayendo todo el tizne y estaría más azul que nunca. Después de haberme despedido de todos los de la casa, salí dispuesto a cargar a Celestino con mi liachito para irnos en busca de mi padre. Colgado de la reja nomás me encontré el mecate con el que había dejado amarrado a Celestino el día anterior. De mi burro, ni sus luces. Empecé a llamarlo, creyendo que se habría ido por ahí cerquita: “Celestinoooo, Celestinoooo”, y nada de mi burro. Sentía cómo poco a poco se me iba haciendo un nudo en la garganta; ¿cómo iba a regresar a casa sin mi Celestino? ¿Cómo iba a vivir sin él de ahora en adelante? No aguanté más, me senté en una esquina hasta donde había llegado buscándolo y me puse a llorar. ¿En qué manos andaría mi burro? ¿Le habrían dado de desayunar? Las preguntas se me amontonaban en la cabeza cuando de pronto un hombre se detuvo a preguntarme que me pasaba. El hombre –luego supe que se llamaba don Rufino– llevaba unos cántaros de agua colgando de un enorme bastón que cargaba sobre sus hombros. En la cabeza, acomodada con una tira de tela gruesa, llevaba otro cántaro. Olía fresquito, a barro húmedo.

Don Rufino se conocía la ciudad de cabo a rabo y era amigo de todos; era aguador, repartía agua de casa en casa, recorriendo la ciudad con sus cántaros. Además lo ocupaban para algunas otras cosas, como llevar recados de amor a las señoritas y curar a los gatos. Le expliqué que me habían robado mi burro, que debía volver a mi casa ya pronto, que papá me esperaba. Don Rufino era un buen hombre y me pidió las señas de Celestino para ayudarme.

En ese momento me acorde que la noche anterior había llovido, que Celestino

debía tener su color natural, que seguramente andaría por ahí tan azulito como el cielo.

–¡Claro! –me dijo don Rufino– yo vi a unos hombres que llevaban un burro azul.
Me dijo que él me ayudaría...

Magolo Cárdenas, “Celestino ha desaparecido” en *Celestino y el tren*. México, SEP, 1986.

Trabalengüero

359 palabras, tiempo de lectura: 3.20 minutos

Los trabalenguas que siguen son para que se te trabe la lengua y te diviertas destrabándola.

¿Me entiendes? No son para que sufras sino para que te diviertas. O a lo mejor sufres un poco... ya veremos. Además, puedes retar a tus amigos a que digan los trabalenguas: verás como a algunos, al tratar de decirlos y equivocarse, les van a salir palabras chistosas de la boca —como al Negrito Sandía le salía una culebrita loca—, y todos se van a reír.

Si con palabras te trabas y te disparatrabas, practica con trabalenguas, pues practica trabalenguando te irás destrabalenguando.

Me han dicho que has dicho un dicho, un dicho que he dicho yo, y ese dicho que te han dicho que yo he dicho. No lo he dicho. Más si yo lo hubiera dicho, estaría muy bien dicho por haberlo dicho yo. He dicho.

Cuando cuentes cuentos, cuenta cuántos cuentos cuentas.

Pepe puso un peso en el piso del pozo. En el piso del pozo puso un peso Pepe.

Abrí cajones y cogí cordones, cordones cogí y cajones abrí.

De Guadalajara vengo, jara traigo, jara vendo, a medio doy cada jara. Qué jara tan cara traigo de Guadalajara.

Un pañuelo de cuatro puntas, de pura pita, de pita pura, de pita pura, de pura pita, un pañuelo de cuatro puntas.

Entro contigo a un tren con trigo, a un tren con trigo entro contigo.

Mariana Magaña desenmarañará mañana la maraña que enmarañara Marina Mañana.

Si Sansón no sazona su salsa con sal, le sale sosa; le sale sosa su salsa a Sansón si la sazona sin sal.

Pepe pone poco a poco en pilas, las papas que pelan Paca y Pola.

Elba llora, Elvira la mira y llama a

Edelmira. ¡Válgame Elba lloras a deshoras!

El trastero de Trini tiene trescientos trastos, si testereas el trastero de Trini, los trescientos trastos trastabillan.

En la tlapalería de Tlalnepantla venden triquitraques, triquitraques venden en la tlapalería de Tlalnepantla.

La mariposa se posa en el pozo del mariposario, en el pozo del mariposario se posa la mariposa.

Yendo a La Habana en caravana, el tarambana repartió rábanos y bananas en rebanadas.

Valentín Rincón, Gilda Rincón, Cuca Serratos, *Trabalengüero*. México, SEP-Nostra , 2006.

